

TESTIMONIO

Margarita Vargas
(University at Buffalo)

Gracias a una beca Fulbright y a los consejos de Juan Bruce Novoa, en 1979 tuve el gran placer de pasarme un año en México traduciendo la novela *La casa en la playa*, además de otros cuentos, de Juan García Ponce. Conocer a Juan es entrar en el mundo de lo más puramente intelectual y sensual. Sentarse en su sala/comedor significa estar rodeada de arte, de libros y de música además de fotografías de sus escritores favoritos. Escucharlo es una experiencia funesmemoriosa, pues Juan tiene una de esas memorias prodigiosas que lo recuerda todo y te lo cuenta como si estuviera viviendo el momento.

El mundo al cual Juan transporta a sus invitados es el de Klossowski, el de Rilke, el de Bataille, el de Musil, el de Blanchot. Es un mundo donde se agudizan los sentidos visuales y auditivos a la vez que la mente lucha por captar, ordenar y entenderlo todo. Estas reuniones también involucraban el sentido del gusto, pues invariablemente iban acompañadas de uno o varios gin tonics, seguidos por un vino tinto y las exquisitas cenas de Eugenia.

Conocer a Juan también significó conocer a varios de los pintores y escritores de la Generación de la Ruptura. El arte de Arnaldo Coen, de Manuel Felguérez y de Von Gunten al igual que la escritura de Inés Arredondo, Juan Vicente Melo, José de la Colina y Sergio Pitol se convirtieron para mí en amigos del alma. Tan cercanos a mí estuvieron los escritores que mi tesis doctoral fue un intento por descifrar sus obras y examinar los puntos de contacto que los convierten en una generación. Sobre los pintores aún no he escrito nada, pero sus cuadros a diario me transportan a un México garcíaponcesco.